

demostraros cuán fútiles son ellos, pero permitidme esta mañana que termine, dándoos un consejo. Cuando se quiere curar á un niño del miedo de los fantasmas, se le conduce directamente al objeto de su miedo. Despues de haberlo tocado, no teme ya más el niño y está tranquilo. Pues bien, amados míos, ¿deseáis curaros del miedo de la confesión? Id directamente á confesaros, y veréis, como otros tantos, que la confesión es un remedio divino, cuyas dulzuras sobrepujan la amargura, y saboreando los frutos tan dulces de vuestra reconciliación con el Dios de las misericordias, prepararéis vuestra alma para saborear un día los goces eternos del cielo.... Amen.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE PASION.

(JUAN, VIII, 46-59.)

Obligación de convertirse lo mas pronto posible.

TEXTO. *Qui ex Deo est, verba Dei audit.* El que es de Dios, oye las palabras de Dios.

EXORDIO — Hermanos míos, el tiempo de la Pasión de nuestro divino Salvador se acercaba; Él sabía que los Judíos trataban de matarle. Queriendo ilustrarles sobre sí mismo, tuvo con los primeros de ellos una larga conferencia en el templo, y de esta conferencia, que nos ha transmitido el Evangelista San Juan, está sacado el Evangelio de este día. ¿Quién de vosotros les dijo, podrá convencerme de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?... Él que es de Dios, oye las palabras de Dios.

Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. — Respondiéronle, pues, los Judíos, y le dijeron: ¿No decimos nosotros bien que tu eres Samaritano y estás endemoniado? Respondió Jesús: Yo no estoy endemoniado, sino que doy honor á mi padre,

y vosotros me habeis deshonrado; pero yo no busco mi gloria, hay quien la busque y haga justicia. En verdad, en verdad os digo: Si alguno guarda mi doctrina, no morirá jamás. Dijéronle, pues, los Judíos: Ahora conocemos que estás endemoniado. Abraham y los profetas murieron, y tu dices: Si alguno guarda mi doctrina, no morirá jamás. ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro Padre Abraham, que murió, y que los profetas, que también murieron? ¿Quién pretendes ser tú? Respondióle Jesús: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria es nada, mi padre es él que me glorifica, aquel que decís vosotros ser vuestro Dios; y sin embargo no le conocéis, pero yo le conozco, y si dijera que no le conozco, sería mentiroso como vosotros. Pero le conozco y cumplo su palabra. Vuestro padre Abraham suspiró por ver mi día: lo vió y se regocijó — Dijéronle los Judíos. No tienes aun cincuenta años, ¿y viste á Abraham? — Respondióle Jesús: En verdad, en verdad, os digo: Antes que Abraham fuese hecho, yo soy. Entonces cogieron piedras para echárselas; pero Jesús se escondió y salió del Templo. »

Todavía aquí, hermanos míos, se nos manifiesta la malicia, la perversidad y el endurecimiento de los enemigos del Salvador. Si obra milagros, quedan aquellos insensibles; y como no pueden negarlos, los atribuyen al poder del demonio. Si, por su bondad, se digna iluminarlos é instruirlos, en vez de recibir sus lecciones con agradecimiento, le apodan llamándole Samaritano, y diciendo que está poseído del demonio. ¡Miserables, una tal ceguedad, despues de tantas gracias, merecía bien las calamidades y desdichas, que cayeron sobre vuestra nación endurecida!...

PROPOSICIÓN. En cuanto á nosotros, amados míos, no seamos del número de estos obstinados; demostremos que somos los hijos de Dios, escuchando y cumpliendo su palabra. Entre estas enseñanzas del Salvador hay una, que en este mismo discurso repite varias veces¹, y sobre la cual me propongo llamar vuestra atención en esta mañana. *Me buscaréis, y no me hallaréis, y en vuestro pe-*

1. Juan, VIII, 21-24.

«odo moriréis. ¿ No vemos, cristianos, que con estas palabras, ha querido Jesucristo mostrarnos la obligación, la ineludible necesidad de convertirnos lo más pronto posible, no diferiendo de día en día el negocio de nuestra conversión, para no exponernos á la desgracia de morir en pecado ?

DIVISION. Despues de algunas consideraciones sobre la importancia de esta verdad, os mostraré, que el diferir la conversión es: *en primer lugar*: abusar de la paciencia del Señor; *en segundo lugar*: exponerse á caer en el endurecimiento; y *últimamente* aventurar la eternidad.

Primera parte. Si, hermanos míos, la obligación de convertirnos lo más pronto posible, es una importante verdad, de que depende á menudo nuestra salvacion eterna. Es ésta, como sabéis, una verdad, que con frecuencia se predica, y á pesar de éлло, es generalmente desconocida y olvidada. Tienen ojos y no la ven, tienen oídos, y no la oyen; tienen un espíritu y una inteligencia, y no la comprenden.

Dios mío, ¿ quién dará, pues, esta mañana á mis palabras la fuerza del acero, para quebrantar este endurecimiento, el ardor, la vivacidad de la llama, para disolver esta indiferencia y disipar esta ceguedad? ¡ Ah, quiera Dios, que pueda mi voz penetrar en vuestras almas como una espada de dos filos, grabando en lo más hondo de vuestros corazones esta incontestable verdad. *Convertios lo más pronto posible, no tardeis en hacerlo* ¹.

En efecto, amados hermanos míos, confesamos que no estamos en el buen camino, y que tenemos necesidad de convertirnos. Que si la muerte, por uno de sus golpes súbitos é inesperados viniese á arrasarnos, caeríamos á la izquierda. Lo admitimos, convenimos en éлло; sí, hay más aun, propónese uno convertirse, y dice para sí: ya vendrá tiempo, en que lo pondremos resueltamente por obra, y serviremos á Dios como unos santos!... Pero cuándo? Hé ahí una pregunta, á la cual no damos nunca respuesta. Qué digo?... nunca respuesta? Pero sí, se da una, siempre la misma:

1. Eccli. v. 8.

Más tarde, más tarde, se dice. ¿ Más tarde, amados hermanos míos, queréis convertirnos? pues bien, os digo en nombre y con la autoridad de Dios mismo, que teneis obligación de convertirnos ahora, lo más pronto posible, y si no lo haceis ó lo diferís, como decía, abusaréis de la paciencia de Dios, caeréis en el endurecimiento, y aventuraréis vuestra salvación eterna.

Abusaréis de la paciencia del Señor. Dios es bondadoso, clemente, misericordioso, longánimo, lo que querais; es mejor aun de lo que os imaginais. Es verdad, es mucha verdad, pero por fin, ¿ qué idea os formais de su bondad? Acaso le comparais á un padre débil, que, ultrajado, golpeado por un hijo indigno, presentará cada mañana su mejilla, para recibir tontamente una nueva bofetada de la mano, que debiera respetarle... Estais en estado de pecado mortal, y por consiguiente, os rebelais contra él, sois un hijo ingrato, desnaturalizado, un objeto desagradable á sus ojos. Sin embargo, os tolera, os sufre, espera, aguarda cada día, cada momento, mirando vuestra alma con compasión diciendo: « Veamos si se convierte, si vuelve á entrar dentro de sí mismo. » Y siempre queda frustrada su esperanza. Os espera diez, veinte años, pensando siempre cuando os verá venir! ¡ Ah, el padre del hijo pródigo no esperó tan largo tiempo!... Pero vosotros, en vez de rendiros, en vez de reflexionar sobre vosotros mismos, esperaréis, diferís, dilatando de año en año la conversión, abusando de este modo de las gracias, bondad y longanimidad del Dios, que os invita y espera. Su justicia hace como que duerme, porque todavía es el tiempo de la misericordia; pero temblad, bien pronto la justicia se despertará, y este Dios, por tanto tiempo desconocido, va á ser para vosotros un juez severo. ¿ Y no veis ya ciertas señales, por las que parece abandonaros? vuestra alma se está más tranquila en el pecado; la gracia os persigue ménos, sus inspiraciones son ménos fuertes y frecuentes que en otro tiempo. Ya no os despiertan los remordimientos. ¡ Y esta verdad, que se os predica ahora, y que otras veces os habria turbado y atormentado, ningun efecto causa en vosotros; estais casi dispuestos á burlaros de élla, ó al ménos la escuchais con indiferencia ¡ Señal espantosa,

amados hermanos míos, señal que indica, que se acerca el endurecimiento.

Segunda parte. El endurecimiento es el estado, en que cae un alma, la cual habiendo resistido á las gracias y buenos pensamientos que Dios le inspiraba, ha rehusado convertirse, retardando de día en día su regreso á Dios. Escuchad una comparación. Mas de una vez he encontrado enfermos á punto de morir; sus dolores habían cesado, no sentían nada, estaban, por decirlo así, ya muertos. Una vez entre otras muchas, durante la noche, fui llamado para administrar los sacramentos á un hombre, que se moría. Me acerqué á su lecho, sus facciones estaban alteradas, sus ojos sombríos y vidriosos, y sus labios tenían ya esa amarillez propia de los moribundos, un sudor frío, triste precursor de una muerte próxima, bañaba su frente, al rededor suyo se exhalaba un olor cadavérico. « ¿Cómo estais, amigo mío, le dije á este moribundo? Muy bien, Señor Cura, me respondió con una voz algo fuerte; jamás he sufrido ménos que ahora, estoy ya bueno, espero levantarme mañana y trabajar! Le administré la Extremaunción, y una hora despues, había dejado de existir!... Esta calma, esta desaparición de dolores, y esta ilusión de buen estado, señal casi siempre funesta en una enfermedad, es la imágen del endurecimiento.

¡Pobre alma, qué penas, qué dolores experimentaste, cuando te alejaste por primera vez del sendero de la virtud! Cuán triste fué la primera noche, que siguió á tu caída! Los remordimientos, semejantes á accesos de calentura, venian con frecuencia á atormentarte; una saludable amargura te advertiría de tu estado, y las inspiraciones de la gracia, que te instaba, habrán turbado muchas veces tu reposo!... Tú lo has desdeñado y rechazado todo; tú has dicho: *Más tarde, más tarde veré.* Y ahora que los remordimientos están sofocados, ahora que la gracia ha cesado de conmover tu corazón, ¡crees estar en paz!... « Jamás, dices, he estado tan tranquilo, no pienso en nada, ni tengo miedo, nada me asusta, ni me espanta; lo que se predica es bueno para las mujeres y los niños, estoy harto de oír cosas tan serias como esas... »

¡ Ah! qué infeliz es el cristiano que así menosprecia nuestras enseñanzas, que se burla de las santas verdades, y que se cree no tener necesidad de convertirse! Está completamente endurecido, cegado y como muerto; un poco de tiempo más, y los ángeles, que ya le lloran, verán cerrarse sobre él las puertas del infierno; hé ahí á donde conduce el endurecimiento, producido á su vez por el desprecio de las gracias.

Tercera parte. Pero supongo, amados hermanos míos, que no os habréis dado por aludidos, al hablaros de un alma endurecida. Decidme, aunque no estéis tan avanzados en el camino del mal; ¿exponéis ménos vuestra salvación eterna, cuando diferís así vuestra conversión, diciendo: Más tarde, veré? En fin, no os hagais ilusiones, no son solamente los pecadores endurecidos los que mueren sin confesion. Podeis ser creyentes, tener un algo de religion y perecer mañana ya de una apoplejía, ya molidos bajo los piés de vuestros caballos, ya sepultados bajo los escombros de una casa, ya víctimas de un accidente imprevisto y repentino; y entonces ¿á donde irá vuestra alma? A las garras del demonio, al infierno por toda una eternidad!... No acabo, y ya os estremeceis de miedo... Vuestra fé se despierta, y para tranquilizaros decís: esos son casos raros, sería en verdad muy desdichado, si me encontrara en el número de ellos!... Pero...

Escuchad, hé aquí una cosa ménos rara. Sobreviene una enfermedad, se ignora la naturaleza de élla, se va por el médico, el sacerdote es llamado más tarde: el juicio se debilita, se pierde la memoria y sucede el delirio; se confiesa uno; pero ¿cómo? ¿Acaso aguardáis hacer semejante confesion? ¿Esta manera de conversión esperais? Dios mio, preservadnos á todos de conversión semejante. Si tal es la que nos proponemos hacer, digamos rotundamente, que no queremos convertirnos; esto será más cierto y más franco, pues desde luego, ignoramos si tendremos tiempo de hacer tan triste conversión; y aun cuando la hiciésemos, hay motivo para dudar, si Dios querrá contentarse con élla. Entretanto, ya lo véis, aventuramos nuestra salvación eterna.

Pero ya lo sé, no faltan excusas y pretextos para diferir su

conversión, y poner en peligro el negocio de la salvación eterna. Una muchacha de diez y seis años tiene ya demasiada edad para confesarse; es preciso que vaya al baile; una mujer de treinta años, y un hombre de cincuenta son demasiado jóvenes para convertirse. Por otra parte mi padre se opone á éllo, dice una; á mi esposo no le gusta, dice otra. Este tiene demasiadas ocupaciones, aquel tiene precisión de viajar. Uno está constreñido á sostener diarias relaciones con el mundo, otro tiene tantos hijos que educar!... Por cobardes que seamos, tengamos al ménos el valor de decir la verdad, sin encubrir nuestra ingratitud hacia Dios con tan deplorables motivos. Nuestra poca energía y nuestra cobardía son la única causa de éllo. Temeis á vuestro padre, á vuestro esposo, pero, ¿acaso Dios os ha prometido condenaros en lugar vuestro? Teneis muchas ocupaciones? suprimid aquellas que se oponen á vuestra salvación, pues están de más. Estais obligados á tener relaciones con el mundo? Mejor que mejor; poned en éllas la lealtad y conciencia de un buen cristiano. Sois demasiado jóven? ¿Acaso vuestra juventud os autoriza á vivir como un pagano, y no servir á Dios? ¡Oh, amados hermanos míos, no alegueis más tan vanos pretextos; estos son ya viejos, anticuados, y carecen de recto sentido. No aleguéis ni siquiera el respeto humano; pues, como os decía el último domingo, hay en el Evangelio una palabra, una palabra corta, pero terrible, que Jesucristo echará en cara á aquellos, á quienes el respeto humano haya vencido. « Os habeis avergonzado de mí ante los hombres, dirá; pues bien! yo me avergüenzo de vosotros ante mi Padre; id, no os conozco. » — « Id. » Y ¿á dónde irémos, pues, ó Dios mío, si Jesucristo, la misericordia encarnada, el dulce Salvador de los hombres, nos rechaza, si no nos reconoce?... A dónde? Buscad, amados hermanos míos. Pero no será seguramente al cielo. Si, pues, queréis no ser rechazados, no os abochornéis de ser cristianos ante los hombres, no tengais vergüenza de vuestra fé. No basta ser cristiano con el corazón, es preciso serlo con sus actos exteriores, con su vida entera, y saber cumplir con los deberes impuestos á cada cristiano.

PERORACIÓN. No tardemos ya más, amados hermanos míos, no tardemos ya más en convertirnos al Señor; no sea que su ira caiga sobre nosotros, y nos condene en el día de su venganza. ¡Tantos otros han sido víctimas de este funesto error; tantos otros, que se habian propuesto convertirse más tarde, han sido sorprendidos por la muerte, y no se han convertido, ó se convirtieron mal!... Escarmentemos con su funesto ejemplo, no endurezcamos nuestro corazón, no resistamos á la gracia, no digamos ya: « Más tarde, mañana; » hémoslo dicho demasiado; durante esta Cuaresma Dios nos llama, ahora es cuando debemos rendirnos, no abusemos de su longanimidad, no cansemos su misericordia; nos ha esperado ya demasiado. Pecadores desgraciados, en quienes vive todavía una chispa de fé, nos invita la gracia de Dios, nos acosa nuestra conciencia, los remordimientos nos persiguen, ¡ah! no nos expongamos á ser pecadores desesperados y empedernidos! No! ántes el dolor, las lágrimas de la penitencia, antes todas las miserias de este mísero mundo, que el endurecimiento, es decir, ese lamentable estado de un alma, que no es ya mas que un cádaver, en donde nada vive, ni siquiera el remordimiento. Volvamos pues, volvamos de todo corazón al Dios de nuestra madre, al Dios de nuestra infancia, sirvámosle aun en nuestra edad madura. Ved qué terrible peligro corrémos difiriendo siempre nuestra conversión; un pequeño hilo, muy frágil, el hilo de nuestra vida nos retiene, y estamos aquí suspendidos encima del abismo del infierno y de sus insondables profundidades!... Este pensamiento es horrible! Ah! este pequeño hilo está entre las manos de Dios, y nosotros le ofendemos, pareciendo burlarnos de él, y desafiando su misericordia á que lo rompa antes de nuestra conversión!... ¡Terrible ceguedad! O Dios bondadoso, tened compasión de nosotros, no rompais el frágil hilo de nuestra vida antes de habernos convertido, sostendnos y preservadnos de esta desgracia tantas veces merecida; pero sobre todo concedednos á todos estas gracias fuertes y poderosas, que hacen volver hácia vos los pobres pecadores, y que cambian su corazón. Estas gracias os pedimos en nombre de vuestro Hijo

muy amado. ¡Quiera Dios que la bendición, que vamos á recibir, sea para nosotros la seguridad, de que nuestro ruego ha sido favorablemente escuchado!... Amen.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE RAMOS.

(MAT., XXI, 1-9.)

Sobre la comunión pascual.

TEXTO. *Dicite filiæ Sion: Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.*

Decid á la hija de Sion: Hé aquí tu Rey que viene á tí lleno de mansedumbre.

EXORDIO. Hermanos míos, se acercaba el tiempo de la Pasión del Salvador. Antes de entrar el Señor en Jerusalem por última vez, había llorado sobre esta ingrata ciudad: « Jerusalem, había dicho, ¡si tú conocieses la gracia que te es dada, si tú supieses las desgracias que te amenazan, te arrepentirías, y harías penitencia! » Pero no; de la misma manera que ciertas almas endurecidas, esta ingrata ciudad no quiso escuchar nada!... Sin embargo, había en su seno algunas almas fieles. Nuestro divino Salvador quiso proporcionarlas la ocasión de manifestar su fé, aclamándole en su entrada en la ciudad. Hé aquí, pues, lo que relata el Evangelio, que leíamos á la bendición de los Ramos: « Acercándose Jesús á Jerusalem, y habiendo ya llegado á Betfage, junto al monte de las Olivas, envió á dos de sus Discípulos, diciéndoles: Id á esta aldea que está en frente, y hallaréis una asna atada y su pollino con élla; desatadla y traédmelos: y si alguno os dijere algo, decid que los ha menester el Señor, y luego los dejará ir.» Y todo esto sucedió, para que se cumpliera lo que fué dicho por el Profeta: « Decid á la hija de Sion: Hé aquí á tu Rey, que viene á tí, lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y sobre un

pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo. » Y habiéndose ido los discípulos, hicieron como les había mandado Jesús; y trajeron la asna y el pollino y pusieron sobre ellos sus vestidos é hicieronle sentar encima. Y una gran muchedumbre del pueblo extendía sus vestidos en el camino: otros cortaban ramas de los árboles y las echaban á su paso, y las gentes, que iban delante, y las que venían detrás, clamaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David: Bendito sea Él que viene en nombre del Señor. »

PROPOSICIÓN. Quizás, hermanos míos, entre esta muchedumbre, que aclamaba así á nuestro Salvador, se hallaron algunos, que pocos días despues clamaron por respeto humano: « ¡Sea crucificado! » La naturaleza humana es tan débil y tan fácil de dejarse arrastrar al mal, que nos es permitido creerlo así. Quizás aun toda esta muchedumbre, entre la cual se hallaban sin duda alguna José de Arimatéa y la valerosa Verónica, tantos enfermos que había sanado, y un sinnúmero de niños, que había bendecido, quizás, repito, esta muchedumbre le permaneciese fiel, y viese con dolor las humillaciones y los suplicios, que se le hicieron sufrir... Pero lo que está averiguado es que Nuestro Señor, al permitir este triunfo y estas aclamaciones tan poco tiempo ántes de las ignominias y dolores de su Pasión, quiso enseñarnos, que las glorias y los gozes de la tierra son muy poca cosa, y que van seguidos á menudo de muchas amarguras. Sin embargo, amados hermanos míos, dejando aparte estas varias consideraciones, me detengo en estas palabras: « Hé aquí á vuestro Rey, que viene á vosotros lleno de mansedumbre, » y las aplico á la santa comunión.

DIVISIÓN. *Primero.* Os diré que todos, bajo pena de pecado mortal, estamos obligados á comulgar en este santo tiempo; *segundo:* haré conocer las principales disposiciones necesarias, para que nuestra comunión sea buena y agradable á Dios.

Primera parte. Ciertamente, hermanos míos, es cosa triste, que esté uno obligado á recordar á cristianos, á hombres y mujeres, que han saboreado con tanta dicha las delicias de una buena y primera comunión, la obligación de comulgar por la Pascua!